



DOS LECCIONES DE ANTONIO ZIRIÓN

Diego I. Rosales

181

El nombre de Antonio Ziri3n signific3 el alg3n tiempo para m3 pr3cticamente lo mismo que Edmund Husserl. Yo ve3a en ese profesor alto, algo reservado y de mirada profunda y anal3tica, la encarnaci3n mexicana del fundador de la fenomenolog3a. Ten3a en mi mente la idea de que era el cancerbero protector de la ortodoxia husserliana y que defender3a a capa y espada que las palabras del maestro fundador de la fenomenolog3a fueran fielmente comprendidas, difundidas y vividas. Pronto, sin embargo, despu3s de comenzar a tratarlo –y no demasiado despu3s, a decir verdad–, Ziri3n dej3 de significar Husserl y comenz3 a significar Ziri3n; y el primer detonante de ese cambio, de ese viraje de los prejuicios hacia las cosas mismas, ocurri3 cuando lo escuch3 decir en un comentario bastante casual y sin mayor pretensi3n, que a3n no hab3a entendido cabalmente a Husserl, es decir, que hab3a asuntos, problemas, nociones, conceptos de Husserl que todav3a no lograba comprender.

¿C3mo pod3a el m3s importante traductor, difusor y divulgador de la obra de Husserl en espa3ol, no entenderlo del todo? ¿Si 3l no lo entend3a, qu3 pod3a esperar yo? ¿En qui3n iba a depositar la poca confianza que me quedaba? No quiero exagerar ese momento dramatiz3ndolo en exceso. No es que me sintiera perdido y carente de br3jula, pero no faltar3a a la verdad si describo ese momento como uno de perplejidad muy grande. Yo era un jovenazo en la flor de la edad, y no sab3a si presenciaba un momento de cinismo glorioso o, m3s bien, una profunda lecci3n de sabidur3a, pero la duda no dur3 mucho tiempo, pues bastaba ver el cuidado puesto por 3l en las traducciones de Husserl que para ese momento dispon3amos en espa3ol, escuchar la exactitud con la que se expresa verbalmente, las distinciones y precisiones fenomenol3gicas tan claras y agudas que desarrolla sobre pr3cticamente cualquier tema, y el hecho mismo de que a3n no s3 cu3les son esos problemas, cuestiones, conceptos, etc., que a3n no logra

del todo comprender, como para darme cuenta de que no se trataba de cinismo sino de sabiduría de la buena.

Ésa era la primera lección (que en adelante llamaremos "a") que había que aprender de Zirión, y que se puede desglosar en las siguientes tres proposiciones: a1) toda comprensión es prematura y todo conocimiento es perfectible, a2) la fenomenología no es una disciplina que se aprende de ningún maestro, sino sólo y únicamente a partir del ejercicio en primera persona del fenomenólogo de llevar sus juicios a confrontación con las experiencias que los fundan y a3) Husserl es un mar inabarcable.

Debo decir, con cierta decepción, que nunca fui un discípulo directo de Zirión, entendiéndolo por ello haber asistido a un curso suyo, o haber sido dirigido por él en algún trabajo de grado. Pero también debo decir, con mucha alegría, que sí soy un discípulo indirecto suyo, que mi tesis de maestría fue leída a conciencia por él y dialogada en conjunto en algunas jornadas largas, que compartimos un amor muy especial hacia las plumas y los diversos instrumentos de escritura, y que la ocasión para aprender de él ha sido la continuada conversación verdaderamente filosófica propiciada por seminarios y eventos académicos en común pero sobre todo por la comida y la bebida suscitada en múltiples convivencias y encuentros amistosos y de diverso carácter, algunos de ellos mejor conocidos como *aprioris*. Los primeros de estos encuentros tuvieron lugar hace ya más de diez años, de modo que he tenido algo de tiempo para ir madurando y macerando las implicaciones de las proposiciones de su primera lección. Escribo a continuación mis reflexiones al respecto.

a1. Que toda comprensión y conocimiento sean prematuros y perfectibles pertenece a la esencia de la fenomenología y, por lo tanto, a la esencia de toda filosofía que quiera ser verdaderamente científica. Pareciera ser que, lejos de ser una ciencia que se construye hacia adelante, avanzando en las certezas, es una ciencia que se construye hacia atrás, retrocediendo hacia los fundamentos. Eso no significa que no provea de conocimiento nuevo, o que no haya certezas en ella. Sólo significa que el fenomenólogo-filósofo sabe que hay una distancia siempre por salvar entre su experiencia natural del mundo y los fundamentos últimos de la misma. Las certezas del mundo siguen ahí, presentes, como tales, pero bajo la nueva luz de la tarea de hurgar por qué son certezas y si vale o no la pena modificarlas de acuerdo con lo que yace por debajo de ellas. La reducción fenomenológica, el método de la fenomenología, siempre podrá ejecutarse mejor y más fina y certeramente. Está permanentemente disponible para la filosofía fenomenológica un movimiento más hondo, más propiamente fundamental y más radical. El saber del fenomenólogo y, por lo tanto, también su vida, estará siempre tensionado hacia esa radicalidad. No hay, pues, paz posible para el fenomenólogo, quien tiene el desafortunado destino y la trágica vocación de renunciar a ella, de mantenerse en una tensión constante y continua; una tensión que, al mismo tiempo, está alimentada de sentido y de futuro.

Si bien la distancia entre las creencias y la verdad estará siempre por ser salvada en pleno, ya el ejercicio mismo y la aceptación de la tensión es haber abrazado un ideal de la vida: una vida en la razón, el ideal fenomenológico *relativo*: el "ideal del ser humano perfectamente humano, que hace «lo mejor» que está en su mano, que vive según la «mejor» conciencia moral que le es dada –un ideal éste que lleva ya impreso el sello de la finitud" (Husserl, *Renovación*: p. 35).

a2. La fenomenología no se aprende de ningún maestro y no puede realmente aprenderse plenamente de nadie. La actitud fenomenológica sólo puede abrazarse en un acto de valentía de la primera persona, según el cual ese sujeto deja de disponer de sus hábitos y creencias como dados para, entonces, retirarse al examen de sus respectivos cimientos. La lectura y el estudio de Husserl es, así, como quería Wittgenstein de su filosofía, una escalera que debe subirse y, más tarde, desecharse, pues la fenomenología no consiste en estudiar a Husserl sino en ir a las cosas mismas. Es cierto que es una escalera intrincada, compleja, cuyos escalones exigen ser rumiados y analizados múltiples veces hasta el último de sus átomos, pero siempre teniendo en mente que el fin de la fenomenología no es estudiarla a ella sino a las cosas. Éste es uno de los rasgos esenciales de la primera lección que aprendí de Ziri3n, pues su ense1anza no es la de una doctrina ni la de una serie de verdades, sino que su ense1anza es la que tiene que ver con la paciencia del filosofar, con el combate continuo a la prisa y al dogmatismo, los dos grandes enemigos de la fenomenología. Ziri3n deja ver en su trabajo la paciencia de quien construye una catedral: no se apresura ni desespera, sino que se piensa el tiempo que haga falta y trabaja con la conciencia de participar en un proyecto m1s grande que 3l. O las cosas y las verdades pasan por la criba de la experiencia personal, o no pueden ser asumidas por el fenomen3logo como conocimientos seguros. Esto trae la natural consecuencia, l3gica, de que para poder filosofar debe esperarse a que haya experiencias y 3stas, u ocurren o se buscan de acuerdo con un programa de investigaci3n. Pero deben de alguna manera ocurrir, suceder, presentarse. Por eso la filosofa no se trata de confiar en nadie, sino de ir a experimentar la vivencia de las cosas ah3 donde ellas est1n. Ziri3n nos ense1a continuamente a ir al mundo y a arrostrarlo con nuestros propios medios, lo que exhibe una actitud de profunda confianza en la capacidad racional de los seres humanos. As3, la primera lecci3n est1 montada sobre una convicci3n muy importante: el ser humano puede conocer por s3 mismo. La fenomenología de Ziri3n parte de la base de que nuestra experiencia es m1s o menos confiable, de que si bien puede estar equivocada, tambi3n puede estar en la verdad, lo que permite afrontar el duro camino de la honestidad intelectual con sentido y prop3sito, y eso bien podr3a recibir el nombre de esperanza.

a3. Que Husserl es un mar inabarcable es una verdad incontestable y m1s o menos obvia. Pero es, tambi3n, una verdad que es necesario repetir. Vivimos tiempos en los que las obviedades deben decirse, pues no son absolutamente evidentes para todos. La fenomenología ha sido simplificada, sobre simplificada, caricaturizada, despreciada o ignorada; o todo ello al mismo tiempo. Si bien este desgraciado problema ocurre a pr1cticamente cualquier fil3sofo o filosofa desde los tiempos de S3crates, el caso de la fenomenología de Husserl es especialmente singular a ese respecto por muchas razones, algunas de ellas atribuibles al propio Husserl, algunas

otras atribuibles a los fenomenólogos y muchas otras atribuibles a la pereza humana. “Seguro que el estudio de *Ideas I* tiene principio... –dijo alguna vez Zirión con un cierto humor realista–, pero también es seguro que no tiene fin”. Husserl es un filósofo que escribió con muchas ambigüedades, cuyo pensamiento fue evolucionando a través del tiempo y que no siempre encontraba la mejor manera de expresarse. Su lenguaje es difícil, complejo, abigarrado en algunas ocasiones, desafortunado en otras. Quien quiera estudiar Husserl deberá reconocer tarde o temprano que hay hacerlo a pesar de Husserl. Pero también hay en él –y esto es lo que hay preponderantemente– orden, claridad y cientificidad ejemplares. Es un filósofo que ordena la mente de sus lectores, que la amuebla y la capacita para pensar por sí misma. Si en muchos lugares de sus textos hay ambigüedad, en la apabullante mayoría de ellos hay precisión, exactitud y una fidelidad incontestable a la experiencia. Por eso siempre hay algo más que aprender de Husserl, un filósofo en quien la paradoja de Zenón se hace realidad: cada vez hay un tramo más por ser recorrido, no sólo en *Ideas I* sino en cualquiera de sus manuscritos. Zirión ha contribuido más que nadie en lengua española a adecuar la mirada de los lectores y estudiosos hacia el fundador de la fenomenología, y a ver en él eso que muchos, al percibirse perdidos ante las frecuentes dificultades de su pensamiento, prefieren caricaturizar y hacer a un lado.

Estas reflexiones me conducen hacia la segunda lección que aprendí de Zirión. Una lección que no tiene ya que ver necesariamente con el carácter de la fenomenología o con el pensamiento de Husserl, sino con el ámbito en el cual la fenomenología puede acontecer y Husserl ser estudiado: la comunidad de estudio que, entre otros lugares, acontece de manera especial en la Universidad. Dicha lección (que en adelante llamaremos “b”) puede desglosarse en las tres siguientes proposiciones: b1) si bien la filosofía sólo se aprende en el ejercicio personal de confrontar los juicios con las vivencias que los fundan, sólo el diálogo puede prevenir al filósofo del error en esa tarea, b2) hay en la historia de Occidente un lugar privilegiado para la generación de estos encuentros: la comunidad que la Universidad propicia, por lo que debemos cuidar, cultivar, respetar y honrar esa institución y b3) que hoy más que nunca, en este mundo espiritualmente famélico, desparramado en vacuidades, la fenomenología ha de irrumpir con fuerza, no sólo como el estudio de un grupo exótico de escolares, sino como una ciencia que permea la cotidianidad de la vida. Escribo a continuación mis reflexiones al respecto.

b1. Zirión nos ha enseñado a dialogar. En un mundo atáxico de ruido cada vez es más necesario el verdadero encuentro entre filósofos y el silencio que le es propio. Es la Universidad la institución que debería promover ese momento de sosiego y dicha contemplativa, pero también de esfuerzo y dolor de parto, que es el de la investigación a largo plazo. En lugar de eso, la Universidad ha optado por contribuir al ruido del mundo organizan-

do congresos masivos que, si bien podrán tener la función de la divulgación del saber y la creación de escaparates para los investigadores, se venden y promocionan como encuentros de conocimiento, cosa que no son de ninguna manera. Pocos maestros he tenido a quienes le disgusten tanto como a Ziri3n estos encuentros, especialmente bajo la forma de "ferias de ponencias", como 3l los llama, tan extendidos en las pr3cticas universitarias corrientes. Especialmente desagradables le resultan ciertos apelativos que denuncia de manera c3mica, como llamar "magistral" a una conferencia antes de escucharla. Tal vez 3l no lo sepa, pero su esfuerzo por generar encuentros pausados, templados, con reuniones de 3 horas 3 4 de duraci3n, en las que se discuta un tema sosegadamente, en las que se preste a voz a personas que han le3do y estudiado una ponencia con anticipaci3n, en las que verdaderamente nos comuniquemos y pongamos en com3n nuestras experiencias vividas, comprensiones y prejuicios sobre alg3n tema, ese empe3o ha sido para m3 un acontecimiento verdaderamente educativo. Para dialogar debemos, antes que nada, escucharnos.

b2. Ziri3n ha sido para m3 la oportunidad de ver algo distinto al com3n ti3vivo de publicaciones, est3ndares, comunicaciones, constancias, puntos, sistemas y niveles que a corcovos promueve hoy en d3a la instituci3n universitaria. Si alguien ha hecho por devolver la Universidad a su lugar, por reconvertirla en aquello que su vocaci3n indica, es Antonio Ziri3n. Desafortunadamente es cada vez menos com3n atestiguar en un investigador y profesor universitario un genuino inter3s por el saber antes que por la carrera. Lo que Ziri3n ense3a consiste en vivir con paciencia el tiempo de investigaci3n, en adquirir conciencia de que el conocimiento se adquiere de manera gradual y paulatina, en soportar la tentaci3n de desparramarse en publicaciones mediocres y carentes de prop3sito. Hay en esta actitud espiritual hacia la ciencia y la instituci3n acad3mica cierta hidalgu3a universitaria, rara hoy en d3a, que ciertamente puede parecer caballerosidad deciochesca o anticuada pero que en realidad no es otra cosa que una manifestaci3n pr3ctica de haber asumido hasta el final la vocaci3n a la que la fenomenolog3a invita.

b3. Quiz3 sea esta ramificaci3n de la lecci3n b la que mayor importancia tenga, pues el estudio que Ziri3n ha emprendido de la fenomenolog3a –estudio que, adem3s, no se agota para nada en Husserl– ha tenido consecuencias reales m3s all3 de las extraordinarias ediciones cr3ticas que ha publicado o de los avances tan interesantes que haya conseguido en sus estudios sobre el colorido de la vida, sobre lo inefable, sobre las mentes animales, sobre aquello en lo que consistir3an otras modalidades no humanas de conciencia trascendental y dem3s contribuciones originales suyas. Ziri3n nos ha impulsado siempre a emprender proyectos culturales y pr3cticos, m3s o menos insertos en el mundo, que est3n impulsados por la fenomenolog3a y su radicalidad. Recuerdo que insiste, con relativa frecuencia en que la fenomenolog3a no existe para s3 misma, y en que debemos

sentirnos animados a volver de la epojé para transformar el mundo y sus instituciones de acuerdo con la mirada renovada y fresca que la fenomenología alimenta en quien la practica. Su ejemplo como editor y traductor es un primer norte. Pero la importancia de todo esto reluce con brío al mirar las consecuencias del trabajo de Zirión en el terreno humano. Una gran cantidad de personas nos reconocemos agradecidas con él por muchas razones, nos reconocemos sus discípulos y tratamos de difundir las mismas actitudes espirituales ante el saber que hemos aprendido de nuestro maestro.

*

Sirva la puesta por escrito de estas dos lecciones para que no se me olviden, para felicitar a Zirión por su cumpleaños y para decirle lo mucho que agradezco su trabajo y su presencia.